



PARLO, TEO

UN ENSAYO DISTENDIDAMENTE
RIGUROSO SOBRE DIOS
Y LAS RELIGIONES

Pedro Rodríguez Muñoz

PARLO, TEO

UN ENSAYO DISTENDIDAMENTE
RIGUROSO SOBRE DIOS
Y LAS RELIGIONES



Primera edición: marzo de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro Rodríguez Muñoz

ISBN: 978-84-19748-20-1

ISBN digital: 978-84-19748-21-8

Depósito legal: M-7609-2023

Editorial Adarve

C/Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A la memoria de mis padres,
Antonio y Emilia*

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Cuando teníamos veintipocos años, Pedro Rodríguez no se llamaba así. Bueno, él sí, claro, pero para mí era «el chico guapo del cortado, que siempre estudiaba». Varios años se llamó así para mí. Coincidíamos en el café Royal; «El Español», le llamábamos nosotros a ese bar, nunca supe por qué. Pasábamos, los jóvenes, horas y horas en aquella cafetería tan peculiar y tan nuestra. Sus mesas de mármol invitaban a la lectura, al estudio, al debate y a la risa. Pedro estudiaba y yo, en otra mesa no muy alejada de la suya, escribía y observaba a las personas. Lo que más me ha gustado del mundo fue, es y será mirar a las personas cuando no se dan cuenta y se les escapan las miradas lejos para regresar después, adentrándose en alguna parte del pensamiento con cosas nuevas aprendidas, y aprehendidas.

Yo me daba cuenta de que Pedro se miraba para dentro muchas veces. Él no sabía que yo le observaba, de hecho se está enterando ahora mismo al leer mis notas, por eso cuando me dio su libro *Parlo Teo* y lo leí, me pareció genial. Brillante. No me sorprendió el hecho de sus coloquios con dios (o con Dios, madre mía). Es capaz de conversar con quien haga falta, quitándole trascendencia a los conceptos como quien le quita la corbata a lo más serio, como si se tratase de jugar a lo pragmático sin llegar a serlo del todo.

Los asuntos que afronta en su libro son serios, sesudos, hasta trascendentes. Pero él nos lo hace fácil, entretenido, y nos sentimos

invitados a la conversación. Nos sienta en la misma mesa junto a los filósofos más estudiados y nos pone en bandeja pensamientos y reflexiones aderezados de sonrisas inteligentes que alargan las tertulias, y nos hace abrir los ojos hasta el asombro. Plantea lo complejo de una forma llana y consigue que cada una de sus preguntas pueda ser nuestra pregunta y, su respuesta, la nuestra.

De vez en cuando, como sin darte cuenta, el texto, el razonamiento y, también, la ironía y el chascarrillo te van acelerando el pulso y, de pronto, te cae como de regalo, un poema que no sé si será con intención o no, nos muestra de frente, cara a cara, la autenticidad del autor. Nos acerca. Nos amiga. Nos hace ser gota que abraza a otra gota para fusionarse y crecer.

*Me tranquiliza sentir la lluvia caer
y leer sus trazos en el cristal de mi ventana;
las gotas tiemblan, quiebran, se aceleran, frenan...,
engordan en sus abrazos.*

Leyendo este libro delicioso, sientes que la vida, de alguna manera, te abraza y hace más reales las irrealidades de cada uno, hasta el extremo de poderlas contar.

ÍNDICE

Con Teo	15
Sobre Teo.....	21
¿Por qué un Teo?	25
¿Qué creo?: ¿que creó?; ¿qué creó?	29
Argumentos sobre si sí, si no o si todo lo contrario	33
El maldito mal	35
Superhipermegaomni	38
Libre albedrío.....	40
Argumento teleológico. El diseño inteligente.....	46
Argumento cosmológico.....	57
Argumento ontológico	60
Algunos (solo algunos) filósofos (y en desorden cronológico)	63
Immanuel Kant	63
Miguel de Unamuno	67
René Descartes	70
Santo Tomás de Aquino.....	74
San Agustín de Hipona	78
Blaise Pascal	83
José Ortega y Gasset	87
Goffried Wilhelm von Leibniz.....	90

Friedrich Nietzsche	95
Muhammad Ibn Ahmad Ibn Muhammad Ibn Rushd (Averroes).....	99
Abu Ali Al-Husayn Ibn Add Allah Ibn Sina (Avicena)	102
Moshé Ben Maimón (Maimónides).....	104
Baruch Spinoza.....	107
Arthur Schopenhauer	113
Soren Aabye Kierkegaard	118
Georg Wilhelm Friedrich Hegel	124
Jean Paul Sartre.....	128
Ramón Llull	132
David Hume	135
François-Marie Arouet (Voltaire).....	141
 Un poco de orden.....	 144
 Y, tras 20 noemas de Dios, la impresión desesperada.....	 149
 Las religiones.....	 153
«Filosofando» sobre religión.....	164
Religión, ética, moral	168
La violencia en las religiones	171
Las tres monoteístas	175
Donde dije digo no quise decir Diego.....	178
¿No quieres caldo...?	198
 Conclusión.....	 205
 Nota casi final	 205
 Que te mojes, caramba	 207
 Bibliografía	 217

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

ANTONIO MACHADO

CON TEO

Voy a intentar hablar contigo, Dios, Alá, Yahvé..., en fin, Teo. Hablar contigo o de ti. Lo cierto es que no tengo nada claro con quién ni de quién quiero hablar porque, de entrada, no soy creyente. Además, eso de hablar contigo, no se me escapa que es algo muy pretencioso por mi parte. Otra cosa es hablarte a ti, que vendría a ser algo parecido a rezar ¿no?; o como he dicho antes, hablar de ti. Pero ¿contigo? Pienso que eso sería poco menos que lo que llaman un acto místico y tengo entendido que esos contactos con Dios no dependen de que uno quiera, sino que es una gracia de ese dios que decide unilateralmente contactar y comunicarse con determinadas personas por motivos que solo él conoce para transmitirles mensajes, compartir información, bendecirles, alentarles a que sigan así, o a que no... Y, sinceramente, suponiendo que existieras, dudo mucho que tú estuvieses por la labor de contactar precisamente con un tipo como yo.

Bueno, probablemente lo que hago es hablar conmigo mismo, pero ya lo dijo el poeta: «Quien habla solo pretende hablar a Dios un día». Y, de hecho, ya te estoy nombrando para poder decir algo; si no ¿cómo hago para dar forma a lo que siento? No, no creo del todo que existas y aquí está el principal problema, que no sé bien cómo he de dirigirme a algo o a alguien en quien no creo. Seguiré hablando pues, como si estuvieras, como si escucharas. Eso es lo que tiene de curioso, a la vez que interesante, tu exis-inexistencia, que hay que tenerte presente para refutarte o justificarte y hay que hablar de ti aunque no crea que estés, o a ti aunque no crea que escuches.

He colocado el poema del sueño de Machado al inicio de este escrito porque uno no sabe si esta vida es real, es una broma de un dios que ande por ahí o qué narices es. Y, hablando de sueños, ya Calderón puso en boca del desdichado Segismundo:

*¡Ay mísero de mí! ¡Ay, infelice!
Apurar, cielos, pretendo
ya que me tratáis así.
¿Qué delito cometí
contra vosotros, naciendo?
Aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido.
Bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.*

Asusta bastante meterse en este fregado en el que me estoy metiendo. Da un extraño respeto hacerlo; un raro temor me produce hablar de ti, contigo-migo y tiene uno la sensación de estar empezando a caminar por un terreno peligroso, tierras movedizas donde cualquier paso en falso puede hacerte caer. Y no porque tú te mosquees y decidas castigarme, no, a eso no le temo. No, si existes, es imposible que puedas ser tan mimado y consentido como para ensañarte con quien solo quiere hablar. Si hay alguna remota posibilidad de que existas, tienes que ser lo suficientemente inteligente como para dar importancia solo a lo que verdaderamente la tiene. Es que, si bastara para condenar a alguien, con que ese alguien no te cepillara la tela que vistes..., tela marinera. Ahí sí que se acababa este rollo que estoy soltando. Me sentiría tan desengañado, si pensara eso, que hasta podría llegar a preferir tus castigos a tener que hacerte la pelota. No, no puedo imaginarte así; por lo tanto, no es ese mi temor cuando digo que un paso en falso podría pagarlo caro. Me refiero a que corro el riesgo de entrar en

una esquizofrenia, un cacao mental de dimensiones unamunianas, un follón que me resultaría insoportable.

Así que aquí estoy, tirándome a la piscina a ver si razono algo coherente. Existas o no, lo que sí está claro es que tu exi-inexistencia está dando la lata al ser humano desde que el mundo es mundo. ¿No era Voltaire el que decía que si no existieras habría que inventarte?

Bien. A partir de ahora ya no seguiré dirigiéndome a ti directamente. Voy a hablar refiriéndome a lo que representa y ha representado a lo largo del tiempo tu idea, sin orientarme a ningún dios en particular, salvo excepciones. Pertenezco a una cultura judeocristiana (con pinceladas islamistas) que no puedo obviar y, por consiguiente, seguro se deslizarán argumentos más orientados a ese Dios cristiano o al Alá islámico o al Yahvé judío, que no a otros dioses que puedan «existir» por ahí.

Bueno, sea cual sea el dios del que se hable, creo que a la mayoría se le atribuyen una serie de cualidades, unos potenciales y unas habilidades que son bastante comunes a todos. Desde luego, respecto de los tres mencionados arriba, sí se argumenta que les son propias:

- Omnipotencia (todo lo puede),
- Omnipresencia (todo lo abarca),
- Omnisciencia (todo lo sabe),
- Omnibenevolencia (es absolutamente bueno).

Por cualidades que no quede, la verdad es que no le falta de nada; pero sigamos:

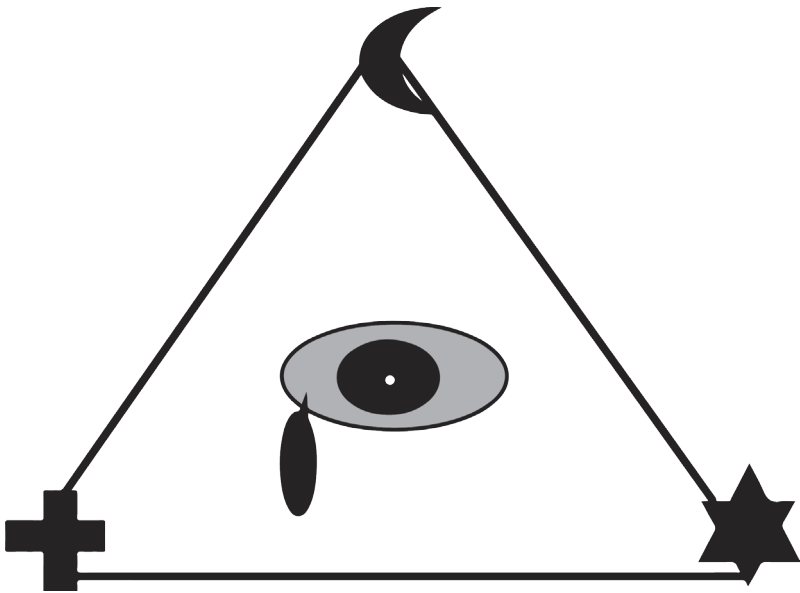
—Infinitud (Dios no está limitado absolutamente por nada y, por lo tanto, sería infinito. Infinito en relación al espacio (inmensidad de Dios) y al tiempo (eternidad de Dios).

—Unidad (Dios sería totalmente simple, y en él no habría ni composición ni partes).

—Sabiduría (La sabiduría sería una combinación de su omnisciencia y su omnipotencia. Tiene poder para aplicar sus conocimientos de manera que los propósitos mejores sean realizados o cumplidos por los mejores medios posibles).

Dice san Juan que Dios es espíritu. Y una supuesta consecuencia de la espiritualidad de Dios sería que Dios vive; vive como un ser moral a semejanza del ser humano, pero en suma perfección. Si el espíritu en el hombre implica vida, entonces en Dios el espíritu implica la vida eterna e inagotable.

Está claro que todos los dioses son prácticamente lo mismo para el que cree. Para el creyente, su dios es el auténtico, el verdadero y el mejor. Así que yo alucino pelín con eso; porque me parece que creen todos en un «fondo» idéntico y lo único que cambian son las «formas». Y vaya, de los conflictos que esas diferencias en las dichas formas han aportado a la historia de la humanidad, ni te cuento. ¡Pues no ha muerto nadie ni na en nombre de este o de aquel otro dios! Yo solo conozco algo los follones de, y entre, las tres monoteístas, pero... es que llega uno a pensar muchas veces que parecen las hijas de Elena («Tres eran, tres...»).



Pero yo no soy creyente, ya lo he dicho y, del todo, no he llegado a tener aún «nada claro nada».

*Yo busco, siempre busco,
pero me acometen llamaradas voraces
que, en su fiereza, ocultan destellos.
Mientras, se fraguan anclas en mis fibras
y se elevan candentes burbujas
a las cumbres del anhelo.
Siento, entonces, mil palabras hacerse magma
en el centro de mi vientre.
Y una necesidad de grito, de estallido,
crece y me pretende.
Pero yo..., quedo anclado en el silencio
y muy perdido, aunque buscando.
Anclado...
perdido...
buscando.
Y el terrible volcán que en mí se engendra
evapora el llanto que mis ojos desbordan.*

SOBRE TEO

Vale, tal vez no vaya a decir mucho que no se haya dicho ya de una u otra forma, pero quiero hablar porque necesito saber. También sé que las respuestas en estos asuntos no son nunca concluyentes pero, escuchar con atención y calibrar opiniones y argumentos de otros, nunca sobrarán. Muchos y muy sabios son los que han razonado, elucubrado sobre cuestiones, pruebas o fenómenos que pudieran probar la existencia o inexistencia de dios. Pero, que yo sepa, no hay prueba ninguna ni de lo uno ni de lo otro, y yo no soy tan pretencioso como para creer que está en mí la posibilidad de conseguir tales pruebas en uno u otro sentido. Solo quiero seguir buscando. Veremos en qué acaba esto y cómo acabo yo.

La primera pregunta que me hago cuando se me ocurre pensar un poco sobre estos temas es: ¿qué necesidad tenía, el dios que fuera, de montar este «parque temático» e instalarnos en él para que podamos pecar, para perdonarnos, para condenarnos, para premiarnos..., en fin, no sé para qué? ¿Es que se aburría? Y lo que también me mosquea un montón es eso que se ha dado en llamar «el silencio de Dios». Siempre me he preguntado ¿qué pretende? ¿a qué viene colocarnos en este mundo, con la más terrible de las ignorancias, jugando al escondite con nuestra vida, nuestras emociones, nuestra esencia y, lo que ya es el colmo, amenazándonos con castigo si no le descubrimos y le adoramos? ¿Tenemos que hacer de Sherlock Holmes para desentrañar sus misterios, sus arcanos? Porque no hay religión en que sus cosas, las de su dios digo, no estén rodeadas de esoterismo, de medias palabras, de adivinanzas.

Y nos dice Jaume Balmes en su obra *El criterio*:

«Dios, todopoderoso e infinitamente sabio, no carecerá seguramente de medios para transmitirnos lo que fuere de su agrado. Ha criado la inteligencia, ¿y no podría ilustrarla?».

Pero más adelante, y con la misma imperturbabilidad:

«La religión misma es la primera en decirnos que estos dogmas no podemos comprenderlos con la sola luz de la razón; que mientras estamos en esta vida es necesario que nos resignemos a ver los secretos de Dios al través de sombras y enigmas, y por eso nos exige la fe».

¡Acabáramos! ¿Qué valora Dios en las personas? ¿Cómo son, cómo se comportan, o más bien su capacidad de completar crucigramas, su destreza en desentrañar acertijos?

John L. Schellenberg, en su «argumento sobre el ocultamiento divino», plantea que un dios perfectamente amoroso siempre estaría abierto a una relación significativa con personas que, razonables y honestas, lo buscasen. Pero el caso es que hay muchas personas así que no consiguen creer y a quienes ningún dios se les manifiesta. Por lo que, para este filósofo de la religión, dios no existe (o no es perfectamente amoroso y no merecería ser considerado un auténtico dios, digo yo).

Dicen, la inmensa mayoría de las religiones, que su dios es infinitamente bueno y lo que hace es darnos libertad para elegir y, si resulta que lo hacemos bien, nos premiará. En el Dios de judíos, cristianos y musulmanes, que es el conozco un poquito más, puedo ver varios ejemplos de su bondad. Empezando ya por el asunto de Noé, se queda uno bastante impactado porque vale, puede ser que la gente fuera malilla, pero cargarse a la humanidad entera excepto

una familia para..., ¿para qué?, ¿para arreglar qué? Jolín si resulta que los hombres (y las mujeres) han seguido pecando de lo lindo, ¿no? Pero, bueno, como esa solución, en realidad, no pasó de ser un remiendo nada eficaz, más adelante quiere enmendarlo de nuevo y entonces envía al sacrificio a su hijo, para... ¿redimirnos? Y esta segunda solución, ¿qué? Pues igual de eficaz que la primera, porque anda que no hay maldad en estos terruños de Dios.

Sí, puede parecer que simplifico hasta la caricatura con lo que estoy diciendo, pero muchas corrientes religiosas interpretan y enseñan literalmente las Escrituras (Biblia, Corán, Torá...) y, lo que es peor, lo hacen con infantes que ya me dirás tú qué narices de alegorías podrán ver estos (si hubiera intención alegórica en el fundamentalista).

Pero, bueno, más grano sobre la bondad, que yo quería comentar el que para mí es el caso que me alucina hasta la insoportabilidad (y que no conseguiré entender jamás, porque lo encuentro el colmo de la crueldad y el refinamiento): me refiero a lo que en la Biblia, la Torá y el Corán (los libros de las tres religiones monoteístas más multitudinarias) se dice que hizo con Abraham. ¡Dios mío!, menuda barbaridad. Que hay que ser muy..., en fin, para hacer lo que hizo. Y, vale, alguno dirá una vez más que eso son símbolos por interpretar y que al escritor de turno le dio por ahí. Pues no, yo aquí no veo metáfora alguna; aunque tampoco me creo que ocurriera de verdad, pero ese es otro tema.

Es que resulta que esa historia, leyenda, mito o como quiera llamársele hace referencia, nada más y nada menos, que al hombre que es considerado origen de las tres religiones más importantes del planeta. Son millones las personas que lo llaman «el padre Abraham». Bueno, doy por hecho que conocéis la historia, pero, venga, un resumín:

Veréis, dicho Abraham era un hombre bueno, piadoso, que cumplía los preceptos. Pues va su Dios y no se le ocurre otra cosa que decirle: «Si me amas por encima de todo, demuéstremelo, ven-

ga. Te pido que cojas a tu hijo querido, Isaac (o Ismael, que eso no está del todo claro); sí, ese que tan deseado ha sido por ti y me lo sirves en holocausto a la voz de ya». ¿Y qué pasa? Pues que va el bueno de Abraham y le dice a su Dios que, vale, que si tú lo pides así se hará, y lo monta todo para sacrificar al chiquillo. Ya me dirás tú qué iría pensando don Abraham camino del monte Moriah. Bueno, pues lo prepara todo y, cuando está punto de segarle el pescuezo al chaval, sale un ángel de Dios y dice: «Para, hombre, que era broma». Tela tú, ¿qué concluyo yo de eso?:

1. El Dios ese es pelín..., ejem..., «¿inhumano?», capaz de colocar a uno de sus mejores adeptos en una situación tal.

2. Abraham es muy cándido. Yo, de él, le digo a don Dios que nanay y que «adiós», muy buenas.

Pues nada. Millones de personas consideran un ejemplo al buenazo de Abraham, que se traga lo que le eche el que es su Dios, el más conspicuo de todos.